

¿CINE EN COLOR?

OTRA vez estamos en plena discusión. Como en los tiempos en que surge el "cine sonoro", hoy vuelven las opiniones a dividirse entre los partidarios del cinematógrafo en color y los defensores de la pantalla acromática.

En esto, como en todo, existen también "los puros". Yo quisiera llamar la atención de estos últimos porque pudiera suceder que cayese en el espejuelo del "purismo" más de un buen muchacho con suficiente inteligencia para discernir y pensar con claridad. Mi suspicacia natural y la que me va dando la experiencia me hace tomar una actitud recelosa siempre que tropiezo con un tipo de esta clase. No están muy lejos aún los tiempos de la poesía pura, para que olvidemos cuanta insoportable vaciedad o inocua hibridez escondieron estas corrientes artísticas. Generalmente detrás de un artista puro suele esconderse una pobre naturaleza que se acoge al mito del purismo porque no tiene nada que decir. Y así, cuando surgió el "cine sonoro", los puritanos de la imagen muda nos llenaron el cerebro con sus intransigencias estéticas. La palabra, decían, había venido a destruir lo esencial del cinematógrafo; con ella destrozábamos las cualidades de gesto, acción, intimidad y silencio que caracterizan a este séptimo arte. Pero la realidad vino a demostrar lo contrario. El "cine sonoro" venció en toda línea y hoy día seríamos incapaces de soportar la película muda. La encontraríamos débil, falta de tono, desvitalizada.

¿Estaremos ante un fenómeno análogo con esto del color en el cinematógrafo? Como no quiero presumir de dogmatismo, voy a exponer mi opinión personal con la mayor sinceridad posible.

Hoy por hoy, prefiero una película sin colores. El cine cromático me parece más ficticio. Cuando me siento en la butaca a esperar la proyección de la cinta, el colorido de la pantalla me despierta en seguida la sensación de lo irreal. ¿Por qué? A la vista salta una primera razón explicativa: la razón del hábito. Hubo quien dijo que el hábito es una segunda naturaleza y un poeta francés repitió que "l'habitude est une étrangère que supplante en nous la raison". Efectivamente, cuando nos sentamos en nuestra butaca a esperar la proyección de un "film", nuestro sistema perceptivo adopta, por virtud del hábito, una postura característica. Quien sabe si nuestras células nerviosas, destinadas, en una determinada circunvolución cerebral, a recibir la impresión cinematográfica, están ya preparadas para una recepción *acromática*. Toda nuestra sensibilidad artística y también—¿por qué no?—nuestra alma están acostumbradas a reaccionar ante la pantalla sin colorido. Además, nuestra imaginación ama la libertad. Esa libertad que, en nuestro caso, consiste en poner de nuestra parte el color que queremos a las imágenes proyectadas. Durante años y años hemos asistido al espectáculo sin echar de menos el color; lo poníamos nosotros de nuestra parte. Por eso, ahora, cuando nos tropezamos con la imagen cromático, la primera impresión es de choque. Chocamos con algo que nos despierta a la realidad; algo nos dice que aquello que está pasando allí enfrente es mentira. Y es mentira porque es una cosa nueva. Nuestro sistema sensorial reacciona defen-

diéndose porque se le obliga a adoptar una nueva postura. Se le impone un *cromatismo* determinado y este color que ahora aparece ante nosotros viene a romper un hábito imaginativo.

Por otra parte, el color en el "cine" no ha conseguido aún su perfección. Estamos en los albores de algo nuevo y este es un dato no despreciable. Por ejemplo, en más de una ocasión, los paisajes coloreados de la nueva pantalla me recuerdan aquellos "cromos" que coleccionábamos en los tiempos de la escuela primaria. Y es que, si nos fijamos bien, cuando contemplamos un paisaje real veremos como los únicos colores que impresionan nuestra vista con toda su fuerza son los de primer plano. Los planos siguientes van perdiendo viveza conforme se van alejando y acaban, en la lejanía del horizonte, por convertirse en colores fríos, grisáceos y desvaídos. En cambio la pantalla cromática nos colorea hasta los últimos confines del paisaje que retrata con la misma fuerza y vigor que los del primer plano. Y la consecuencia inevitable es la pérdida de profundidad ya que las últimas figuras se acercan demasiado a nuestra visión. Falta pues conseguir los tonos medios para que el paisaje coloreado gane un escalón imprescindible en su contienda con la pantalla gris. Está falta de tonos medios se observa también en la coloración cinematográfica de la piel humana. Las personas muy morenas o el tono cobrizo —recuérdense los mestizos de "Policía montada del Canadá"— *salen* muy aceptables. Lo mismo sucede con la piel muy blanca y el cabello rubio claro. Por el contrario el moreno suave y las "trigueñas" no consiguen decirnos que son de carne; se les vé el "Agfa-color".

Donde sí ha conseguido un éxito la pantalla cromática es en las escenas *fantásticas*. Aquí el colorido contribuye, por su misma exageración, a sumirnos agradablemente en la fantasía deslumbrante de un cuento. Películas como "El barón de Münchhausen" o "Las mil y una noches" ganan extraordinariamente con el colorido rabioso del nuevo "cine".

En resumen: nos encontramos ante una manifestación artística de esperadas posibilidades. Por razón de hábito y por falta de tonos medios, hoy por hoy, confieso mi preferencia —en general— por el *cine acromático*. Pero no quiero tampoco caer en el "purismo" exagerado negando rotundamente y con intransigencia (yo sólo soy intransigente con los intransigentes) lo que puede convertirse en el día de mañana en una realidad tan poderosa como ha resultado ser en la actualidad el cinematógrafo sonoro.

Hay que precaverse además contra un peligro. Del mismo modo que el "cine" sonoro, en el entusiasmo de su alumbramiento, exageró el empleo de la palabra hasta desvirtuar la esencia de este séptimo arte convirtiéndolo en "teatro fotografiado", es posible también que, en los arrebatos del color, se nos empache de cromatismo por un afán tormentoso de aprovechar todos los colores de este mundo. Pero —no hay que asustarse— este afán arrollador caracterizó siempre a todas las nuevas corrientes artísticas; es una consecuencia de los momentos juveniles de toda creación humana. Después... pasa el tiempo y las cosas vuelven a su cauce y al sitio que les corresponde.

GONZALO MARTÍN VIVALDI